

# NAPOLEON Y LA INDEPENDENCIA



Dr. ALBERTO MIRAMON

“Tenía su majestad nariz borbónica “una boca de cuchillada” con reminiscencias de serpiente....”

Cuando el día 24 de diciembre de 1799 Napoleón Bonaparte asumió la dirección del Consulado, se encontró con que Francia había perdido todas sus colonias en América, pues, las que no habían caído en manos de los ingleses, estaban en visperas de serlo. Considerando necesario asegurarle a su patria algunas posesiones americanas, —indispensable punto de apoyo para el desenvolvimiento de su comercio de ultramar— pensó en obtener, por medio de negociaciones diplomáticas, la Louisiana. Comprendía que lo más conveniente era una tierra bien arraigada en el Continente y no islas, siempre expuestas a caer en poder de la potencia naval más poderosa.

Esta cesión de la Louisiana —que era en suma una restitución a Francia— la obtuvo por acto firmado en Madrid el 15 de octubre de 1802. El primer Cónsul esperó con esta adquisición dominar el Golfo de Méjico ... y anticipándose al tiempo —indica el historiador Carlos A. Villanueva— cerrar a los Estados Unidos el dominio del Archipiélago Antillano.

Pero como la codicia empuja al hombre a aspirar a más de lo que obtiene,

Bonaparte no tardó en proponer al Rey de España un cambio de tierras; daría a la Corona el Ducado de Parma, en compensación de lo cual, esta cedería a Francia toda la costa norte del Golfo de Méjico, es decir, desde la desembocadura del Río Santa María en el Atlántico (Florida) hasta el Río del Norte, límite este que comprendía Texas, y de hecho toda la hoya hidrográfica del Mississipi. Con tal extensión territorial, Francia adquiriría una grande importancia colonial al abrigo de los ataques de Inglaterra.

El momento en que Napoleón acaricia estos sueños de preponderancia colonial de su país, era cabalmente aquel en que España acentúa su decadencia dinástica; en que el antiguo régimen va a fenecer y en que, al disolverse las austeras tradiciones castellanas con el corrosivo de las modas extranjeras, se relajan las costumbres hasta extremos nunca conocidos en la historia de la vieja monarquía; es el momento, a un tiempo triunfal y amargo, que Eugenio D'Ors ha llamado con calificativo duro pero exacto, la hora de la desfachatez; el momento de la corrupción más descarada, escribe

Carlos Pereira, en que la ola de fango se extendía por toda la corte de España.

Desde el advenimiento al trono de Carlos IV, un hondo cambio se había operado en las costumbres. Conforme lo hizo notar Ortega y Gasset, se produce entonces en España un fenómeno extraño que no aparece en ningún otro país; "el entusiasmo por lo popular, no ya en la pintura, sino en las formas de la vida cotidiana, arrebatada a las clases superiores. Es indecible hasta qué punto decayó en la segunda mitad del siglo XVIII, la aristocracia española. Había perdido toda fuerza de creación, no solo para la política y la administración, sino también para reinar, o siquiera sostener con gracia las formas del cotidiano vivir".

La historia antigua es —según Guillermo Ferrero— una historia de varones en la que raramente aparece una figura de mujer. Mas el siglo XVIII fue, por excelencia, el siglo de las mujeres, la centuria de las reinas, desde Catalina la grande, en las inmensas estepas rusas hasta Carolina en el pequeño y amable reino de Nápoles, pasando por la calumniada María Antonieta y no olvidando las soberanas que ungió a su capricho la espada de Bonaparte en sus postrimerías. Todas impusieron sus favoritos al respeto y a la obediencia de sus súbditos. En el siglo XVIII, la mujer es el principio que gobierna, la razón que dirige, la voz que ordena; es —según los Goncourt— la causa universal y fatal, el origen de los acontecimientos, la fuente de las cosas; ella interviene en todo, lo domina todo. Ella es la luz y la sombra de una época cuyos grandes misterios históricos ocultan siempre, en lo profundo, una pasión de mujer...

Por la debilidad del Rey Carlos IV, en la nación española, imperaba la voluntad de la reina doña María Luisa de Parma. Hay de ella muchas descrip-

ciones tanto en documentos como en pinturas; todas coinciden en delinear una personalidad que nada tiene de hermosa. Precisamente, en 1799, el año en que Napoleón comienza a interesarse por dar a Francia un nuevo imperio colonial, la pintó el más ilustre pincel del siglo. Según ella misma escribió desde San Ildefonso, el 2 de septiembre, retratola Goya "de mantilla, de cuerpo entero, y dicen salió muy bien" ...

Tenía su majestad nariz borbónica, "una boca de cuchillada" con reminiscencias de serpiente y promisoras de una absurda proximidad entre la nariz y el mentón. Fláccida, indulgente consigo misma, con la expresión de anciana libertina cuya frivolidad se convertía casi en obscena jovialidad, "desplegando a los cincuenta años pretensiones de coquetería apenas disculpables en una niña" ...

Bajo el imperio de María Luisa, el valimiento no fue ya un capricho del corazón o de los sentidos, una mera cuestión de alcoba; la soberana lo impuso a la obediencia y al respeto de todos. Ser **favorito**, había llegado a función casi oficial, y muy lucrativa por lo demás, pues, "en esta Corte licenciosa —escribió con ironía Blanco White— aún una reina difícilmente podría encontrar un corazón vacante".

El caso de Manuel Godoy, humilde guarda de Corps, como el de nuestro paisano el payanés don Manuel Mallo, elevados por el capricho de la soberana a grado tal de valimiento que escandalizó a Europa, colmó la medida.

El pueblo español, pueblo honrado y digno, no aceptó sumisamente tan innoble estado de cosas y rodeó al heredero, confiando con excesiva generosidad en este. Se formaron así dos bandos empecinados en apoderarse del dominio de la monarquía, dos bandos que dividieron a España con saña irconciliable y mortal, pero de la que

Bonaparte no tardaría mucho en aprovecharse: el de los seguidores de Godoy y el de los partidarios del príncipe de Asturias.

Al amparo de estas facciones, la Corte hervía en odios, sospechas, planes secretos y espionajes. En río tan revuelto la ganancia no iba a tardar en ser toda del audaz pescador internacional que ambicionaba el cetro del mundo.

El 2 de diciembre de 1800, hizo irrupción en Madrid Luciano Bonaparte; llegó seguido de fastuoso tren de secretarios, médico, mozos de servicio, pintores, su hija de dos años y madame Leroux, la que introdujo en España la moda del pelo a la Bruto. Cuatro días después, apenas acompañado de un ayudante, golpeó insólitamente a las puertas del palacio sarcófago de El Escorial, las cuales inmediatamente chirriaron sobre sus viejos goznes para darles paso: el insaciable Corzo había fijado sus miradas de águila sobre la pobre España y enviaba por adelantado al más sagaz de sus hermanos "como embajador especial para que fuera a ver y oler aquella podredumbre" ...

Empieza la gran partida, la cual se juega despacio; en el inmenso ajedrez de la historia las figuras se mueven pausadas, solemnes, huera; el gran guerrero, doblado en ducho político, las va haciendo andar por el tablero de la ambición con pasos contados y seguros.

Cada uno de los dos partidos españoles por separado y en estricto secreto—creyendo ganarle de mano al otro—, había solicitado la ayuda del emperador. Este se hace rogar; dice no disponer de tiempo para ocuparse de asuntos de tanta monta y—también por separado y en secreto— deja entrever sus simpatías a cada uno de los dos ennegrecidos bandos. La tremenda comedia de equivocaciones ha empe-

zado. Los actos se suceden como en el tinglado de una gran farsa.

Napoleón la inicia pretextando la necesidad de que le sea franqueado el paso por el territorio español a sus tropas camino de Portugal, pues, la pequeña y discreta nación lusitana había ofendido su imperial orgullo. Luego, cuando tuvo sus hombres dentro de España, y consideró prácticamente ocupada esta nación sin disparar un tiro, atrajo a la familia real a la trampa de Bayona.

La escena de la claudicación de aquellos descendientes de cien reyes ante el advenedizo, audaz y genial, ha sido descrita admirablemente, lo mismo por grandes autores españoles, como por franceses, motivo este por el que nos abstenemos de hacerlo aquí con nuestra pobreza de medios.

Con gesto dominador, Napoleón arrancó de la frente abatida de los Borbones la corona de España y la encasqueta en la de su hermano mayor, José Bonaparte. Por su imperial voluntad, convierte a Pepe Botellas en rey de España e Indias. Después, escribe el mariscal Besieres con su estilo tajante: "Todo se ha concluido satisfactoriamente" ...

En esta comedia de equivocaciones, todos yerran, todos, hasta quien parecía amo del mundo y dueño de las voluntades. Al trazar la frase citada, el grande hombre también cometió un tremendo error. Seguro de sí mismo, cegado por su orgullo de conquistador, no adivinó que, tras la cobardía de los soberanos, iba a erguirse la heroica voluntad de un gran pueblo en defensa de su integridad territorial.

Hosco y silencioso había visto alejarse de Madrid a la familia real, y, a medida que Fernando llegaba a Burgos, pasaba de Victoria y seguía para reunirse con Napoleón,—el cual no aparecía en ninguno de los sitios acordados para el encuentro—, la excita-

ción popular crecía como la irritación de las olas que se arremolinan y levantan con la rugiente furia del vendaval. Y cuando cae del todo la realeza; cuando los reyes de España, como descastados seres, arrastran el decoro de su estirpe secular ante el Imperator advenedizo, brota la reacción de la plebe para hacer la reivindicación histórica de una gran nación que parecía sumida para siempre en la decadencia más lamentable.

Imposible de relatar minuciosamente las escenas de pasión y de muerte que caracterizan esta gran jornada histórica, preludio de una guerra espantosa que dura seis años. Solo los mágicos pinceles de Francisco de Goya pudieron fijar para siempre la intensidad milenaria de ese instante.

El 2 de mayo de 1808, revela a España en el más noble erguirse de un pueblo ante el invasor; es la más alta muestra de la capacidad heroica que puede dar el alma popular, que jamás se envilece, pues, salta sin quebrarse, como el acero, bajo el peso de la amargura y de la rudeza. Sus rasgos en la sorpresa sobrehumana del heroísmo, genialmente quedaron fijados en el gran lienzo de Goya que retrata y engloba los fusilamientos de la Moncloa...

La rabia, el orgullo de raza herido, se adueñaron de todos los españoles, como fiebre heroica que contaminara sin excepción de edades, ni de sexos, ni de condiciones sociales. La chispa que brotó el 2 de mayo en Madrid prendió en toda España con la misma rapidez y espontaneidad con que surgen las llamas.

Perdonareis que me haya detenido algo más de la cuenta en este capítulo de historia universal; pero ello es indispensable antecedente para entender tema tan poco trajinado de nuestro pasado histórico. La política americana de Napoleón —advierte el historiador

Parra Pérez— debe forzosamente establecerse en función de su política española.

Bonaparte, como hijo de la Revolución francesa, quería, en principio, que los americanos supieran por todos los medios que él estaba dispuesto a favorecer la independencia. Empezó por acoger amablemente a los agentes revolucionarios que hasta él llegaron, tales como Pedro Fermín de Vargas en 1800; don Ignacio Sánchez de Tejada en 1808, y Manuel Palacio Fajardo en 1813. Pero su política fue evolucionando en lo relativo a las posesiones de ultramar de España a compás y medida del desarrollo de los sucesos militares de la Península.

En 1809, ante la heroica resistencia española, no se contenta con dar voces de aliento a los contados agentes americanos que hasta él llegaron, sino que, públicamente se manifiesta partidario de la independencia del Nuevo Mundo. El martes 12 de diciembre de ese año, se dirige al Cuerpo Legislativo francés con estas palabras emocionadas y definitivas:

“Las Españas y Portugal son teatro de una revolución furibunda: numerosos agentes de Inglaterra atizan y entretienen el incendio que han encendido allí. La fuerza, potencia y tranquila moderación del emperador les devolverá días de paz. Si España pierde sus colonias, será por haberlo querido. El emperador no se opondrá nunca a la independencia de las naciones continentales de América; esa independencia está en el orden necesario de los acontecimientos; está en la justicia, en el interés bien entendido de todas las potencias. Fue Francia quien estableció la independencia de los Estados Unidos de la América septentrional; ella quien ha contribuido a acrecentarlas con varias provincias. Francia estará siempre dispuesta a defender su obra. Su potencia no

depende del monopolio; no tiene interés contrario a la justicia; nada de lo que puede contribuir a la felicidad de América se opone a la prosperidad de Francia, que será siempre bastante rica cuando se la trate con igualdad por todas las naciones y en todos los mercados de Europa. Sea que los pueblos de Méjico y del Perú quieran estar unidos a la metrópoli, sea que deseen elevarse a la altura de una noble independencia, Francia no se opondrá, a condición de que esos pueblos no contraigan lazo alguno con Inglaterra. Para su prosperidad y su comercio, Francia no tiene necesidad de vejar a sus vecinos ni de imponerles leyes tiránicas.

Aquella buena disposición imperial —comenta un autorizado autor en esta materia— no puede menos de ir aumentando a medida que las peripecias de la guerra demostraban la imposibilidad de conquistar la Península y que la situación en el resto de Europa, cada vez más complicada, acentuaba la necesidad de Francia de renunciar a cualquier mira interesada en América.

Pero no nos llamemos a engaño. Jamás estuvo verdaderamente en el ánimo del Emperador libertar las tierras del Nuevo Mundo del dominio del Viejo, que él consideraba como suyo propio. No es posible olvidar, como lo nota el argentino Enrique de Gandía, que la entrega de la corona de España a su hermano José Bonaparte, tuvo por fin, más el dominio de América, que la sujeción de España.

Esta nación como simple potencia peninsular, no le interesaba tanto como la visión de toda la América española, con sus enormes recursos y riquezas fabulosas, que, al decir de don Camilo Torres, la convertían en el granero, en el reservatorio y en el emporio de la Europa toda.

Pero si no logró la independencia, o, por mejor decir, jamás tuvo el propósito serio de ella, las situaciones que fue creando su invasión a España, —esos terribles seis años de guerra—, terminaron, en cambio, por producirla.

Durante este tiempo, es decir, de 1808 a 1815, la nación española no tuvo otro propósito que el de sacudir el yugo del invasor francés; todos sus esfuerzos, toda su potencialidad humana, toda su economía, la encaminó a este patriótico fin. América quedó en segundo término; apenas si dejó en ella un mínimo de guarniciones y de funcionarios militares.

Este descuido, impuesto por las urgencias del propósito principal, fue en gran manera favorable para nuestra liberación. Ello permitió a los patriotas proclamar la independencia en 1810, organizar la primera república sin mayores esfuerzos y aún dividirse en partidos o destruirse en guerras civiles. Mas, a pesar de tan deplorables sucesos, amasada con lágrimas, errores y sangre, la imagen sacrosanta de la patria nueva había de salir de allí forjada para resistir a todo intento posterior de subyugar su libertad e independencia.

Permitidme ahora, como epílogo, una evocación final. 1815 julio 31. Han pasado seis años desde que los Borbones cayeron en poder de Bonaparte. Ahora, libres de nuevo, es el Imperio el que se derrumba: el coloso invencible al fin ha caído abatido. Refugiado el Emperador, tras el desastre de Waterloo, en el palacio de la Malmaison, busca como fiera acorralada una salida... ¡de súbito ilumina su pensamiento la idea de América!

La escena es impresionante. Un testigo de ella, Flury de Chabaulon, la expone en forma insuperable que me permito recordar:

“Regresé a la Malmaison —dice— a las dos de la mañana. El Emperador,

que estaba acostado, me hizo entrar. Le di cuenta de mi misión y renové mis instancias para que se embarcara y partiera de Francia. Napoleón me dijo:

“Iré a los Estados Unidos. Se me darán tierras o las compraré y nosotros las cultivaremos. Terminaré por donde el hombre ha comenzado: viviré del producto de mis campos y de mis baños.

“Ellos —los aliados— forzarán a los americanos, si no a entregaros, a alejar del territorio, objetó el secretario.

“Pues bien, iré a Méjico. Yo encontraré allí partidarios y me pondré a su cabeza.

“Vuestra Majestad olvida que ellos tienen ya jefes que no condescenderían con Vuestra Majestad y os obligarían a buscar otro sitio.

“Pues bien, los dejaré e iré a Caracas; y si no me encuentro bien aquí, iré a Buenos Aires, iré a California, viajaré de mar en mar, hasta que encuentre un asilo contra la maldad y la persecución de los hombres.

“Cree Vuestra Majestad poder escapar continuamente a las acechanzas y a las flotas de los ingleses?...”

Bien sabéis que a Napoleón no se le permitió embarcarse para el nuevo continente: prisionero de los ingleses, fue a consumir sus últimos días en la isla de Santa Elena. Pero ¿qué habría ocurrido si hubiera pasado a nuestro mundo? ¿Cuál hubiera sido su papel? ¿Qué puesto hubiera ocupado? ...

La historia no opera sobre hipótesis sino sobre hechos ciertos. De ahí que mal podría un miembro de la Academia de la Historia —con mayor razón si es el más humilde y sin autoridad de todos ellos— olvidar tan fundamental principio. Pero no puedo concluir sin satisfacer vuestra natural curiosidad. Para salvar el **impase** me valgo de la pluma más autorizada en nuestros anales patrios.

Oid lo que, el 22 de agosto de 1815, escribió desde Kingston sobre este particular a don Camilo Torres, nada menos que el futuro libertador del mundo americano:

Kingston, 22 de agosto de 1815.

Excelentísimo señor Presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada.

Excelentísimo señor:

En este día han llegado de Inglaterra papeles públicos que anuncian la ocupación de París el 8 del próximo pasado julio por los ejércitos aliados contra la Francia; la restauración de Luis XVIII a su trono, y la evasión de Napoleón Bonaparte.

La suerte del mundo se ha decidido en Waterloo. La Europa ha quedado libre por esta inmortal batalla, y sus consecuencias pueden ser más importantes que cuantas han figurado en los anales del Universo, sobre todo con respecto a la América, que va a ver transportar a su seno el tremendo teatro de la guerra que por más de veinte años ha afligido a la Europa. Si es verdad que Bonaparte ha escapado de Francia, como se asegura, para venir a buscar un asilo en América, cualquiera que sea su elección, ese país será destruido con su presencia. Con él vendrá el odio de los ingleses a su tiranía; el celo de la Europa hacia la América; los ejércitos de todas las naciones seguirán sus huellas; y la América entera, si es necesario, será bloqueada por la escuadra británica.

Si Napoleón es bien recibido por la América del Norte, esta será combatida por toda la Europa, y por consecuencia, Bonaparte intentará poner de su parte a los independientes de Méjico, sus vecinos. Si es la América del Sur la herida del rayo, por la llegada de

Bonaparte, desgraciados de nosotros, para siempre, si nuestra patria lo acoge con amistad! Su espíritu de conquista es insaciable; él ha segado la flor de la juventud europea en los campos de batalla para llenar sus ambiciosos proyectos; iguales designios lo conducirán al Nuevo Mundo, esperando, sin duda, aprovecharse de las discordias que dividen a la América para entronizarse en este grande imperio, aunque para ello haya de correr el resto de la sangre que queda en nuestras venas, como si la América no fuese ya harto desgraciada, harto aniquilada con la guerra de exterminio que le hace la España.

Señor Excelentísimo: si el último golpe que puede recibir nuestro infeliz país viene a suceder, quiero decir, si Bonaparte arriba a nuestras costas, sea cual fuere su fuerza, sea cual fuere la política que se proponga seguir, nuestra elección no debe ser dudosa: debemos combatir a Bonaparte como al precursor de mayores calamidades que las que sufrimos. Yo creo de mi deber indicar a V. E., que en el estado presente de las cosas, para evitar todo evento infausto por mala inteligencia de parte de nuestros enemigos o neutros, y por otras muchas causas que no pueden ocultarse a la alta penetración de V. E., parece absolutamente indispensable que el gobierno tome todas las medidas de precaución que sean conducentes a impedir que Bonaparte o sus agentes penetren pública o privadamente en nuestras provincias

y puertos. Es también una medida de igual urgencia hacer una declaratoria positiva y terminante que prevenga toda sospecha con respecto a los enemigos de la Francia, que podrán pensar que la América es bastante necia para ligarse con un tránsito, y protegerlo para que restablezca su tiranía en unos países que están combatiendo por la libertad y lo han sacrificado todo por obtenerla.

De la buena o mala conducta que tengan nuestros gobiernos americanos en esta extraordinaria crisis, depende el resultado final de nuestra causa. No puedo persuadirme que haya independientes tan enemigos de su país que abracen el partido de Bonaparte; pero si alguno cometiere esta imprudencia, no será seguido por los pueblos, y si lo fuere, la España será socorrida como lo ha sido Luis XVIII. Por el contrario, es casi cierto que la Inglaterra nos favorecerá con su poder, si nos declaramos contra su implacable enemigo, quien, si solicita un asilo, no es para vivir pacíficamente, sino para emplear el resto de su existencia combatiendo contra sus vencedores.

Dígnese V. E., aceptar con indulgencia estas obvias observaciones.

Tengo el honor de ser, con la más alta consideración, de V. E. humilde y obediente servidor.

Dios guarde a V. E. muchos años.  
Excelentísimo Señor.

SIMON BOLIVAR.